

JOSÉ CARIDE, ACTOR

Artículo penitencial de un primo envidioso

José Antonio Caride de Liñán

Soy la persona menos indicada para hacer un panegírico del actor José Caride. Es cierto que, por ser mi primo, conozco en profundidad al personaje, pero lo normal es que se encargue ese trabajo a alguien que además de conocer su biografía, sea admirador de su vida y obra. No es mi caso. A través del tiempo, he ido acumulando envidia hacia su persona en tal cuantía que días pasados tuve que ir a mi confesor a contarle mi pecado que, según el cura, es uno de los más nefastos. Nada menos que capital, y de consecuencias más que previsibles para el devenir del más allá. Eso me dijo, y me impuso como penitencia para conseguir el perdón, hablar bien de él para que quede claro mi arrepentimiento... Y que tenga suficiente repercusión. Es por lo que me he decidido a escribir lo que leéis.

Pero antes, intenté por todos los medios que comprendiera la dureza de la penitencia y pedí con insistencia una más llevadera (diez rosarios, por ejemplo) pero mi confesor fue inflexible “Tiene que hablar, y bien, de su primo; ya sabe que sin propósito de enmienda no hay perdón”.

De nada me sirvieron los ejemplos que le puse, por los que acumulaba tanta bilis:

Aquel verano en Portmán, al término de la guerra civil, las aguas de su playa, cristalinas y limpias, rompían sus olas en aquella arena dorada que se llevó Peñarroya sustituyéndola por esa grava negruzca de minerales harto sospechosos. Había unos barcos de guerra a punto de desguace (un submarino y dos torpederas) varados junto a la playa del Lastre. Es fácil imaginar, al descubrirlos, la perspectivas que se nos abrían a los niños con semejantes juguetes. Fue una tarde fabulosa. Saltamos a bordo y recorrimos aquellos barcos de proa a popa, y de la cubierta a las más profundas bodegas. Correr por el submarino, sobre todo, era fabuloso, y aunque no encontramos el periscopio nos lo imaginábamos subiéndolo para divisar los barcos enemigos. Las torpederas eran un poco menos espectaculares pero echándole imaginación, tan divertidas. Para mi desgracia, lo conté a mi madre al llegar a casa. Inmediatamente se me prohibió volver a saltar a bordo por el cierto peligro de que hubiese algunas bombas sin explotar. Tuve que conformarme desde ese día con gritar desde la arena a mi primo, como si le diera órdenes, y ver, con envidia, lo bien que lo pasaba haciendo cuanto le daba la gana. Al terminar el verano él era, por lo menos, capitán de fragata y yo vista de aduanas. ¿Sería posible que el crío llegase a mojar me la oreja?

Años después, estando los dos internos en el colegio de Santo Domingo que los jesuitas tenían en Orihuela, tras unas vacaciones, llegamos cuando aún faltaban unas horas para cerrar las puertas, por lo que le propuse que diéramos un paseo por aquel jardín que desde la estación de ferrocarril llegaba hasta lo que eran las primeras casas del casco urbano. Allí nos fuimos los dos con la inesperada sorpresa de encontrarnos, sentadita en un banco, a una muchacha de la que estaba locamente enamorado. No recuerdo si era Maruja o Antonia... Sí, creo que era Antonia, quien años después se cambió el nombre por el de Sarita (y sin respetar su apellido, se puso Montiel). La chica, a sus quince años era una maravilla. Si alguno la recuerda un poco mayor, puede suponer como era con tres lustros. Nos sentamos a su lado, pero en la media hora que estuvimos me fue imposible conseguir que atendiera a ninguna frase mía. Todo se centró en lo guapo que era el niño. Quise mandarle a jugar a la pelota con otros que lo estaban haciendo, pero él prefirió permanecer sentado recibiendo sus caricias.



El autor del artículo y José Caride (izda). Álbum familiar

Cuando terminé la carrera tuve que ultimar mi compromiso con la Patria haciendo las prácticas de la Milicia en Madrid, en un cuartel de Defensa Química que estaba situado al final de Alfonso XIII, donde ahora entronca la M 30 con Costa Rica. No existían entonces los grandes edificios que ahora proliferan, y era una deliciosa zona de chalets ajardinados. Según me explicaron, en uno que estaba muy cerca de la puerta principal del cuartel, vivía una joven de las de “rompe y rasga”. De ella estaban locamente enamorados el coronel, la oficialidad, los brigadas y sargentos y no digamos la tropa. Pero, me advirtieron, no merecía la pena intentar nada porque tenía novio formal, y ante las constantes insinuaciones de la mayoría del regimiento nadie había conseguido ni la devolución de una sonrisa. Una mañana, pocas semanas después de mi llegada al cuartel, a la salida de una guardia, voy a coger el tranvía que desde allí salía y que llegaba a Sol. Estando solos el conductor, el revisor y yo, esperando la hora de salida, veo venir a la chica como alma que se lleva el diablo, que sube al tranvía y se me coloca sonriente en el asiento contiguo. Me quedo de piedra. Miro a derecha e izquierda como el que se encuentra una cartera en el suelo y duda recogerla, pero solo veo la cara del revisor con un gesto entre divertido, extrañado y de envidia (también los tranviarios estaban enamorados

de ella). En poco tiempo hablábamos animadamente, y el viaje hasta Cibeles se me hizo como un soplo. Quedamos en vernos la tarde siguiente en un merendero que no estaba lejos del cuartel y se llamaba “Airiños”. Allí llegué puntual (sin contar nada a mis compañeros de armas para evitar interferencias). Enseguida llegó ella verdaderamente esplendorosa. Melena al viento, cadenciosos movimientos de cadera y una sonrisa que hacía tragar saliva a cuantos la veían. Se sentó. Yo pedí un gin fizz y ella un manhattam, dos cócteles muy de moda. No me había tomado el primer sorbo cuando la pérfida me pregunta a quemarropa: —¿Es cierto que eres primo de ese actor tan guapo que está en El Español? ¿Cuándo me lo puedes presentar? ¿Te parece bien mañana...?

Cuando terminé de contar estos tres ejemplos, de los cientos que podía haberle expuesto, el señor cura mudó algo el semblante, respiró profundamente y me comprendió. Casi, creo yo, a punto estuvo de rebajarme la penitencia, pero al final se mantuvo en sus trece y no conseguí que me la aliviara. Por ello estoy aquí sudando la gota gorda e intentado conseguir el perdón divino.

Porque no puedo negar que es un actor como la copa de un pino. Por mucha envidia que le tenga, he de reconocerle sus éxitos en cientos de obras de teatro representadas en algunos de los principales teatros de España, como el Romea de Murcia, el Corral de Comedias de Almagro o el teatro romano de Mérida. También ha actuado en el Campoamor de Oviedo, el Isabel la Católica de Granada, el Liceo de Barcelona, el Olimpia de Valencia, el teatro Principal de Santiago de Compostela, el Lope de Vega de Sevilla, el teatro Zorrilla de Valladolid, el Principal de Zaragoza [...] y sobre todo en el Español de la calle Príncipe de Madrid. Desde Aristófanes a Buero Vallejo, de Calderón a Armiñán o de Lope a Adamov, muchísimos dramaturgos han prestado cientos de sus personajes para que Pepe los representara. Sobre el escenario ha llorado, ha reído o defendido a su dama espada en mano, como señor, rufián, pordiosero o rey [...] Y siempre haciendo las delicias del público.

“Facineroso con Calderón
pícaro con Lope [...] y gracioso;
tímido y con tal modoso,
traidor, discreto y villano,
y con trágica y loca pasión
con el amor de Cyrano [...]”
se describe el propio Caride en uno de sus versos.

Ha tenido que aprenderse cientos y cientos de papeles sin licencia para equivocarse, pues no eran pocas las obras en las que desempeñó varios papeles en otras tantas representaciones. Dice, y es un mérito extraordinario, que tiene tanta facilidad para estudiarlos como para olvidarlos. ¡Menos mal!

José Caride ha hecho drama clásico, comedia moderna, zarzuela y cientos de obras de teatro y novelas en la Televisión. Como director, ha puesto en escena trece obras, ha tenido compañía propia y ha pisado los escenarios de los teatros de Parma, Florencia, Milán, Pisa, Verona, Bolonia, Lisboa, Managua, Quito, Méjico, Santo Domingo, Panamá, San Juan de Puerto Rico y Buenos Aires.

También ha hecho en cine, aunque no sea su verdadera vocación, una veintena de películas, casi todas de gran éxito: “La chica del gato”, “Con el viento solano”, “El crimen de Cuenca”, “Gary Cooper que estás en los cielos”, “Historia de un Beso”, “El abuelo”, “Las ratas”, “Tiovivo” [...] En el séptimo arte trabajó bajo la dirección de los más prestigiosos directores, como Clemente Pamplona, Ricardo Blasco, Mario Camús, Juan Guerrero Zamora, Rafael Gil, Pilar Miró, Jiménez Rico, José Luis Garci, Jorge Grau...



Un descanso en el rodaje de You're the one Mayo 2000- Cine

Al cansarse, se retiró a su pueblo, Alcantarilla, a meditar, recordar, escribir poesía y sus memorias... Y arrancándole del despacho de su casa, también a dirigir, luchando con actores aficionados locales, un auto sacramental titulado “El Auto de la Buena Muerte”, de nuestro ilustre paisano Manuel Muñoz Hidalgo, que piensa estrenar en las puertas de la Iglesia de Campoamor.

Algunas de sus poesías son realmente buenas y, si se tiene la oportunidad de oírse las recitar a él, una verdadera delicia. Están publicadas en un librito que titula “Gorgeos” o “Poemas, sin rima o con ella”.

Hace un repaso de algunos de sus amores, deja volar sus pensamientos y expresa sus dudas o sus anhelos. Por sus versos pasa Ninón, Leonor, Viko, África, Zaida, Fina... Unas reales y otras soñadas (o idealizadas), pero también estados de ánimo

“Abriré la ventana para que los recuerdos salgan empujados por el viento [...]”

Su pueblo le ha dedicado el nombre de una plaza, y hace unos años fue nombrado “Brujo” en las fiestas de Alcantarilla en las que pronunció un divertido pregón.

También en los últimos tiempos se le han dedicado merecidos homenajes, tanto en Alcantarilla, en el transcurso del cual presentó su libro, como en Murcia, organizado por la Asociación de Actores, que le nombró Socio de Honor en un acto con lleno total en la Filmoteca Regional Paco Rabal, en el que recibió la placa y el diploma acreditativos.



Cartel homenaje a José Caride

Por su parte, el Ayuntamiento de Alcantarilla programó el pasado mes de octubre unas jornadas en su honor, con conferencias, mesas redondas y proyección de películas en las que ha actuado.

Últimamente ha escrito sus memorias en un libro titulado *Mi Vida*. Vida de un irreflexivo, irresponsable e insensato, que ya alcanza su tercera edición y que recomiendo leer, sobre todo, a los aficionados al cine y al teatro porque queda reflejada cómo es la vida de ese mundo de la farándula y se conocen detalles y anécdotas de la mayoría de los actores que hemos visto en el teatro y el cine durante la segunda mitad del siglo XX.

Su memoria prodigiosa describe con detalle escenas de su vida desde su niñez, hasta el momento de despedirse de su querida profesión.

En el texto repasa su infancia y juventud, su lucha por conseguir ser artista, sus primeros papeles en el TEU, su preparación, su salto al teatro profesional y, al fin, su carrera en la televisión, el cine y principalmente en el teatro. Todo salpicado de anécdotas y lances amorosos. Aunque se proclama “irreflexivo, irresponsable e insensato”, como si quisiera autoflagelarse, puedo asegurar que nunca ha sido un tarambana. Seguramente, las virtudes que más le caracterizan sean la honradez, la decisión y la generosidad. Durante toda su vida ha hecho exhibición de estas cualidades. Ha actuado con lógica y realismo en pro de ejercer una profesión de la que estaba enamorado desde su niñez. Lo demuestra en su libro, que no es el de un cantamañanas, sino el de un terco al que la familia tardó en comprender y aceptar en el camino que él había elegido, creando una atmósfera de mutuos recelos.

Ahora vive tranquilo su retiro voluntario (aunque no lo dice, sé que rechazó un buen papel en una película de Garci con la excusa de que ya no está para esos trotes) pensando, escribiendo [...] y luchando con los noveles que van a representar el auto sacramental que él dirige.

Como final, firmo con mi nombre y apellidos para que mi confesor esté contento. En otro artículo contaré si me ha dado la absolución.